

*Films de  
Amor*

*Esta noche...  
tal vez...*

GENNY JUGO  
SIEGFRIED ARNO

50 cts.



**SELECCIÓN FILMS DE AMOR**  
**NÚMERO EXTRAORDINARIO**

Redacción, Administración y Talleres:  
**Calle Valencia, 234 - Apartado, 707**  
Centro de Reparto de Suscripciones: *Barbará, 16*  
**B A R C E L O N A**

## Esta noche... tal vez

Adaptación en forma de novela de la  
película del mismo título interpretada  
por la bellísima actriz de la pantalla

**JENNY JUGO**

Adaptación por M. NIETO GALÁN

.....

*Exclusivas F. TRIAN,*

*Consejo de Ciento,                      Barcelona*

.....

### REPARTO:

Jenny Jurgen . . . . .	JENNY JUGO
Adolphe Jurgen . . . . .	Joh. Rieman
Taddy . . . . .	Fritz Schulz

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA





Apenas hacía un año que se habían casado, y ya entre los dos jóvenes esposos habían comenzado esos disgustillos que, como nubes de verano, se cernían sobre la felicidad que gozaban.

El casamiento fué para ellos un acto sin trascendencia alguna. Simpatizaron en un principio, y aquella simpatía los unió hasta el extremo que quisieron enlazar sus vidas con el nudo indisoluble del matrimonio.

Pero de lo que ninguno de los dos se había dado cuenta, era de que aquella unión que principió por simpatía, había terminado siéndolo por amor.

Adolphe Jurgen y Jenny se amaban, esta es la palabra, pero su amor no era de esos que despiertan una pasión expresada en todos los momentos, sino que se deslizaba suave entre los dos esposos, y a no ser por la



diferencia de gustos, la felicidad que disfrutaban no se hubiera visto jamás empañada por aquellas discusiones insustanciales, que terminaban siempre provocando entre los dos ciertos disgustillos de mal agüero.

Adolphe Jurgen era un hombre simpático, de un corazón bondadoso, capaz de hacer la dicha de cualquier mujer. Guapo, con guapeza masculina, no era difícil que despertase en las mujeres cierta admiración, que para él pasaba inadvertida, entregado por completo a sus estudios, a los que dedicaba casi todas las horas del día. Mas aquella admiración que su esposo no advertía en su sencillez era comprendida por Jenny, que no podía menos que confesarse a sí misma que estaba enamorada de su marido. ¡Si no tuviera aquel carácter! Esta era la única preocupación de Jenny. Porque hay que confesar que Jurgen, a pesar de su juventud, conservaba los gustos de otra época, muy poco en consonancia con al actual.

Como hombre de estudios, aborrecía todo lo que fuera el dinamismo de la vida de hoy, los "music-halls", los cuplés de moda, el jazz. Para él, aparte de su laboratorio, sólo existía una distracción, la música clásica; era un verdadero idólatra de Wagner, Schubert, Mozart, etc.

Sin embargo, Jenny era todo lo contrario.



Jenny...

Educada muy a la moderna, sabía comprender la vida tal como es, y disfrutaba oyendo el "jazz", asistiendo a algún "music-hall" viendo una revista con su fastuosidad de trajes maravillosos, con sus canciones alegres y atrevidas, en algunos casos, en una palabra, era la antítesis de su marido.

Vivían en un hermoso pisito de una de las calles más concurridas de París, de ese Pa-



rís alegre y sonriente, frívolo y coqueto como una mujer hermosa. Su desahogada posición les permitía vivir tranquilamente, sin que tampoco pudieran permitirse dispendios innecesarios. De nada carecían y tampoco les sobraba nada. Cualquiera que por primera vez hubiese visitado el nidito de los dos esposos, habría salido convencido de que entre ellos reinaba la mayor cordialidad, y de que la dicha en aquel hogar era por entero completa. Pero... El maldito "pero" surgía, no obstante, en aquel matrimonio.

A Jenny le gustaba vestir bien, con lujo inclusive, y los trajes caros, los abrigos de pieles, las joyas y todo cuanto pudiera servir para hacer resaltar su belleza extraordinaria, eran para ella un incentivo que la hacía soñar con otra vida. Una vida más alegre, más deslumbrante, aunque siempre, eso sí, junto a Adolphe.

Mucha culpa de estos pensamientos de la joven esposa la tenía un tal Teddy, un vecino que vivía en el piso superior. Era éste un muchacho alegre, dicharachero, que siempre tenía en los labios una frase galante para una mujer bonita y para quien la vida era una especie de broma, a la que nunca tomaba en serio. Actuaba como director de orquesta en uno de los más elegantes "music-halls" parisinos, y su fama como compositor de música



Adolphe Jurgén

de "jazz" había adquirido una gran celebridad.

Se conocieron él y Jenny casualmente en la escalera, hablaron algunas palabras, y poco a poco fueron intimando, hasta hacerse verdaderos amigos. El fué quien hizo nacer en ella aquella afición a la música moderna, y durante las entrevistas que tuvieron, Teddy supo expresarle su admiración,



aunque ella no le dejó traspasar de los límites de lo prudente. Frecuentemente hablaban de los éxitos que él tenía con sus composiciones, hasta que una vez le dijo:

—Jenny, ¿por qué no escribe usted algún cuplé? Yo le pondría música, y estoy seguro de que obtendríamos un éxito enorme.

—¿Cree usted que yo sabría escribir alguna canción digna de música?—preguntó ella, halagada por la respuesta del músico.

—Estoy seguro de que sí. Basta hablar con usted una vez para convencerse de que es una mujer inteligente. Decídase a ello y verá cómo no ha de pesarle.

—Pero mi marido se opondría tenazmente a ello—respondió Jenny.

—No hay necesidad de que se entere—le contestó Teddy—. Haga la prueba y lo verá. Piense usted que si acierta, puede ser una gran fuente de ingresos que le permita satisfacer sus mayores deseos.

Esto último terminó por complacer a Jenny, la cual le dijo:

—Está bien, seguiré su consejo, pero con una condición.

—La que usted imponga será aceptada por mí—replicó el músico.

—De que mi marido no se entere nunca.

—De acuerdo—contestó nuevamente Teddy—. Usted escribe la letra, y aprovechan-



—Estas discusiones...

do las ausencias de su esposo, puede subir a mi casa y allí ensayaremos la música.

Y convenido así, Jenny, con toda la ilusión propia de su juventud, se entregó desde aquel día al trabajo que le había propuesto su

Empezaron poco después los ensayos, y, como había presumido Teddy, las canciones de Jenny se hicieron populares y se pagaron espléndidamente por los editores.

Los dos autores se habían hecho amigos inseparables, mientras que a Jurgén cada día



le molestaba más la estancia del músico en el piso superior. Aquel ruido de la música de "jazz" le volvía loco, no le dejaba trabajar y, para colmo de males, ni le dejaba oír su música, la música clásica, de la que era tan aficionado.

Este fué otro motivo de discusiones entre los dos esposos. El defendiendo la música clásica y atacando la moderna, y ella defendiendo las melodías del fox, del charlestón, del tango, etc.

Estas discusiones solían suscitarse siempre después de las comidas, que era cuando Adolphe se distraía oyendo en su gramola las placas impresionadas con música antigua.

Una mañana, después de haber terminado la comida, Adolphe, como de costumbre, puso una pieza de Mozart en la gramola y, entusiasmado, exclamó, dirigiéndose a su mujer:

—¡No hay nada como la música clásica!

Jenny, que tenía prisa por ir al piso del músico, para ver cómo había quedado su última canción, no quiso discutir y respondió:

—De acuerdo, conformes... con tu eterna sinfonía.

—Confiesa Jneny—siguió diciéndole él—, que es magnífica.

—Creo que no te lo he negado—le respondió la joven—. Acepto tu gusto sobre música, y nada más.

Adolphe siguió escuchando con verdadero deleite la música, hasta que de pronto atronó el piso las notas vibrantes de un charlestón, que le hizo exclamar:

—¡Ya tenemos ahí a ese loco tocando!... ¡Malditas casas modernas, con sus tabiques de cartón cuero!

—Comprende, Adolphe—le dijo su esposa—, que el que toca es nada menos que Teddy...

—¿Y quién es ese Teddy?

—¡Cómo! — preguntó extrañada ella—. ¿Na has oído hablar nunca de Teddy? Es el célebre compositor de "jazz".

—He ahí una cosa que no comprendo—exclamó Adolphe—. Cómo se puede ser célebre y compositor de "jazz".

—¡Pobre amigo mío!—respondió cariñosamente Jenny, dándose cuenta de la infantilidad de aquel hombre—. Vives muy atrasado... lo menos setenta... compases...

Ya no era solamente la música la que llegaba hasta los dos esposos, sino que el músico empezó a cantar las primeras estrofas de una canción que decía:

"Aprendí a tu lado, Lisette, la dulzura de las caricias..."

—¿Oyes?—exclamó Jurgen—. Dice que es Lisette la que le enseñó todo eso...

Aquella canción era la última que había es-



crito Jenny, y ante la exclamación de su marido, no pudo menos que echarse a reír y contestarle:

—Alguien se lo tenía que enseñar, hombre. ¡A ver si tú has nacido bachiller!

—Pero convendrás conmigo en que la letra de esa canción es idiota, de lo más insustancial que he oído en mi vida. Estoy seguro de que los que se dedican a escribir esas canciones tienen menos talento que un loro.

Aquel concepto que merecía a su marido las nuevas canciones, molestó grandemente a Jenny, que se vio ofendida en su aspecto de autora y le hizo protestar diciendo:

—Yo opino todo lo contrario que tú... La encuentro muy graciosa.

—¡Claro está!—respondió Adolphe—. Sería la primera vez que estuvieses de acuerdo conmigo. Como de costumbre, piensas diferente.

—Es lo menos que puedo hacer, dados tus gustos extravagantes... por lo menos en cuestión de música.

La nubecilla iba formándose y adquiriendo cada vez más intensidad, hasta que Adolphe cedió una vez más, diciendo:

—Creo que no merece la pena que por una simpleza como es esta vayamos a discuti



—Por mí ya están hechas.

Ni tú tienes que ver nada con la música, ni yo tampoco. ¿Hacemos las paces?

—Por mí ya están hechas—respondió riendo Jenny, a la vez que se ofrecía a su marido para que la besase.

Adolphe se inclinó hacia donde ella estaba sentada, la besó cariñosamente y le dijo:

—Dispénsame. Voy al laboratorio a seguir mi estudio sobre la "psitacosis".



Salió del comedor y se dirigió hacia las habitaciones donde tenía establecido el laboratorio, mientras que Jenny llamaba por teléfono a Teddy.

—Ha conseguido usted desesperar a mi marido, Teddy—le dijo cuando éste se puso al aparato.

—¿Me ha oído ensayar nuestra obra maestra?—preguntó él—.¿Qué le ha parecido?

—Ya se lo puede usted suponer. La encuentra estúpida... ¡Si supiera que soy yo la autora!

—Tampoco pretendemos nosotros oscurecer la gloria de Espronceda o de Zorrilla, pero en cambio en esta canción hay toda el alma delicada y soñadora de Jenny, de la mujer más bella que he conocido... ¿Qué sería de mí si no hubiera tenido la dicha de conocerla, de poder mirarme en esos ojos fascinadores, que saben dar a mi alma toda la inspiración que necesita?

Jenny se echó a reír ante aquel derroche de galanterías, y exclamó:

—Le ruego, Teddy, que sea usted formal, a lo menos una vez en la vida.

—Está bien, haré cuanto usted me diga. Ya sabe que soy un verdadero esclavo suyo. Pero suba usted pronto; aun nos queda bastante trabajo para acabar nuestra obra.

—¿Me promete usted ser formal?—preguntó ella sonriendo.

—Prometido. Todo lo formal que usted me exija ser.

—Entonces voy a subir en seguida.

Dejó el auricular y abrió cautelosamente la puerta, para que su esposo no la viera salir, y se dirigió hacia el piso que ocupaba el músico.



## EL DESCUBRIMIENTO DE ADOLFO

Sentado al piano, Teddy esperaba la llegada de Jenny para seguir ensayando la canción que aquella noche habían de estrenar en el "music-hall". Apenas la vió llegar, corrió hacia ella, tendiéndole los brazos con intención de abrazarla.

—¿Esta es la formalidad que me ha prometido?—preguntó Jenny.

¡—¿Usted cree—exclamó Teddy—, que es posible estar cerca de usted sin sentir deseos de estrecharla... de decirle que es usted la mujer más bonita del mundo?

—¡Vaya por Dios!!—se lamentó Jenny—. No sé cómo voy a decirle que estoy enamoradísima de mi marido y de que ni por usted, ni por nadie, sería capaz de traicionarla. O

es usted formal, o me marchó inmediatamente. Le advierto que no he venido aquí para flirtear.

—Eso es precisamente lo más lamentable—respondió Teddy, en quien la belleza de Jenny no dejaba de hacer sentir sus efectos.

—Lo que es lamentable—replicó Jenny—, es que me vea obligada a tener secretos para con mi esposo.

—Sí, muy lamentable; pero, sin embargo, usted no lamenta el dinero que esos secretos le producen...

—\*Silencio!!—exclamó ella—. Podría oírle alguien.

—No tema. Aquí no estamos más que usted y yo y el amor que me inspira.

—Nada—exclamó disgustada Jenny—. Está visto que me he de marchar. Si sigue así, acabaremos por no ser ni siquiera amigos.

—¡No, por Dios!!!—protestó Teddy—. Todo lo que usted quiera, antes que dejar de verla. Vamos a ensayar.

Se sentó él al piano y empezó a tocar la música de la canción que habían de estrenar aquella noche, mientras que la cantaban a dúo.

Adolphe, entretanto, iba excitándose cada vez más, en vista de que aquella música lo distraía de sus estudios, hasta que finalmen-



te fué al teléfono y llamó a su vecino, diciéndole:

—¿Es usted ese señor a quien llaman Teddy?

—El mismo, caballero—respondió el músico, y volviéndose a Jenny, le dijo: Es su marido.

—Pues entonces—volvió a decirle Jurgén—le suplico que si no puede usted abstenerse de cantar, hágalo en forma que no moleste a los demás... Tenga compasión de mis nervios... Estoy estudiando una enfermedad de los loros y me distrae usted continuamente.

Teddy se echó a reír al oír la protesta de Adolphe y le respondió bromeando:

—Dedicándose usted al estudio de la enfermedad de esos animalitos, debería usted darse por satisfecho, oyéndome repetir siempre lo mismo. ¿Quién sabe si también ellos lo aprenderían?

—¡Dios no lo haga! Porque con Lisette, que nunca acaba, me está sacando de mis casillas.

—Bueno; pues dejaré a Lisette y empezaré con otra.

Y al decir esto dejó el aparato y se abrazó a Jenny, intentando besarla, hasta que ella pudo zafarse de él, diciéndole:

—Pero, ¿qué es lo que usted hace? ¿Se ha vuelto loco?

—No hago más que cumplir la promesa que le ha dado a su marido, Jenny. Le he dicho que principiaría con otra y creo que cumplo lo prometido.

—¿Cree usted que habrá reconocido mi voz?—preguntó alarmada Jenny.

—Sí; dice que tiene usted cien millones en la garganta—respondió Teddy.

—Déjese de bromas y dígame la verdad de lo que le ha preguntado—insistió ella.

—¿Quiere usted que le diga la verdad, la verdadera verdad de lo que he pensado de esta pequeña conversación?

Y ante un movimiento afirmativo de Jenny siguió diciéndole:

—Pues sencillamente, que no debe usted volver más a su casa. Nada hay tan peligroso para la salud como los loros.

En vista de que no le contestaba a su pregunta, Jenny se fué corriendo a su casa, antes de que su marido pudiera notar su ausencia.

Adolphe, cuando terminó su trabajo, un trabajo que había tenido un resultado felicísimo, quiso comunicar a Jenny la feliz nueva y salió en su busca. Miró en el comedor, en el cuarto de ella, la llamó varias veces sin que Jenny apareciera por ninguna parte, y cuando ya iba a preguntar a la criada, vió que



su esposa estaba a la puerta, haciendo como que limpiaba el llamador de la misma.

Se fué hacia ella y le dijo:

—¡Por fin!... ¡Ya lo tengo!... ¡Lo acabo de descubrir!

Jenny lo miró asustada y le preguntó:

—¿Qué es que has descubierto?

—Una cosa que me interesaba mucho saber—respondió él.

Cada vez más azorada, insistió Jenny en su pregunta, diciéndole:

—Pero, ¿qué es lo que te interesaba tanto descubrir?

—He descubierto que la “psitacosis” se forma en el plumaje de los loros.

Jenny se le quedó mirando y, ya más tranquila del susto que tenía, al creer que su marido había descubierto sus visitas al piso de arriba, exclamó, casi indignada:

—¡Valiente descubrimiento! ¡No tienes en la cabeza más pensamiento que el de tus loros!... ¡Estoy por decir que te merecen más atención que yo misma!

—No digas eso, Jenny—replicó su marido.—Ya sabes que tú me mereces todas las atenciones; pero, sin embargo, no debemos olvidar que vivimos gracias a mis estudios sobre estos animales.

—No lo olvido—replicó ella—, como tú tampoco debes olvidar que no me debes tener



—¡Otro vestido nuevo!

encerrada siempre en la casa, sin preocuparte de distraerme algo.

—¿Acaso te prohíbo yo que vayas a donde mejor te parezca? ¿Te he preguntado nunca que sales a dónde vas ni de dónde vienes?

—Eso es precisamente lo que me molesta más—exclamó Jenny—. Parece que te importa muy poco lo que yo pueda hacer lejos de tu lado.

—Eso implica que estoy seguro de ti. No



te creo capaz de ninguna mala acción y por eso vivo tranquilo.

Aquella confianza que inspiraba a su marido no pudo menos de halagar a la joven que, echándole los brazos al cuello, le preguntó mimosa:

—¿De veras que tienes confianza en mí?

—¡Absoluta!—respondió Adolphe.

—Gracias, Adolphe—exclamó Jenny besándolo—. Yo te aseguro que puedes tenerla.

—No he tenido nunca secretos para ti—siguió diciéndole su esposo—. Y creo que tú tampoco los habrás tenido para mí, ¿verdad?

Aquella sinceridad estuvo a punto de que Jenny le confesase la verdad de su actuación como autora de las canciones que tanto le molestaban a él, pero acordándose del producto que le daban, calló, y respondió débilmente:

—Tampoco los tengo yo para ti.

Como un contrasentido de lo que acababa de asegurar, en aquel instante llamaron a la puerta y se presentó un botones llevando una caja. Preguntó por la señora Jurge y ésta recogió el recado que traía el chico.

Abrió en presencia de su marido la caja y sacó de dentro de ella un precioso vestido de última moda.

—¡Otro vestido nuevo!—exclamó Adolphe asombrado—. ¡Pero eso debe costarte un precio loco!

—Muy al contrario—respondió ella sonriendo, mientras admiraba la forma de la nueva prenda—. Este vestido no me cuesta casi nada.

—Pues nadie lo diría — replicó Adolphe, que en eso de vestidos de mujer no entendía nada.

—Se trata de un saldo—le explicó Jenny. —Solamente me ha costado 220 francos... No, tampoco, me equivocaba... 120 francos... \*Es regalado!

—¿Y dónde lo has comprado?

—En una tiendecita que hay en la esquina de una callejuela—respondió Jenny—. Como ves, teniendo maña, puede una vestirse ricamente con muy poco dinero.

Adolphe no dudó de la veracidad de aquellas palabras y no insistió más, mientras que Jenny, recogiendo el vestido y la caja, entraba en su habitación. Una vez sola, recogió el sobre que intencionadamente había dejado en la caja, y sacó de él la factura del importe del vestido, que decía:



"Por un vestido de "soirée" modelo Gipsy, 2.200 francos".

Como una chiquilla que tiene un juguete nuevo,, corrió Jenny a probárselo, mientras que su marido volvía otra vez al laboratorio para seguir sus estudios.

## EL PRIMER EXITO

Aquella noche, cuando Adolphe entró en el comedor de su casa, se encontró sobre su plato una tarjeta que decía:

"Maridito de mi alma: No he querido molestarte en tu trabajo. Dispénsame si me marcho escapada, pero acabo de recibir esta convocatoria urgente.—Jenny."

Volvió la tarjeta por el anverso y halló la justificación de la salida de su esposa en la citación siguiente:

### *Liga Feminista contra el alcohol*

Asamblea general del 15 de Abril de 1931 a las nueve de la noche. Se suplica la puntualidad. Su presencia es indispensable.

Pernowisky."



Cenó solo y mientras aguardaba la llegada de su mujer, aprovechó aquella hora en la que no se hallaba en la casa Teddy, para tocar un poco de música clásica.

La Liga Feminista a que se refería Jenny, era nada menos que el suntuoso "music-hall" donde se estrenaban sus canciones. En aquellos momentos la animación en el alegre establecimiento era grande. Se había anunciado la noche anterior que en aquella se estrenaría una nueva canción de Jenny y no faltó a este estreno ninguno de los asíduos concurrentes.

Teddy, a la vez que dirigía la orquesta miraba insistentemente hacia la puerta esperando la llegada de Jenny, que se retrasaba más de lo corriente.

Por fin apareció en la escalera que comunicaba con la sala de espectáculos la figura elegantísima de Jenny. Estrenaba aquella noche el mismo vestido que le había sido enviado por la tarde y su belleza adquiría con la blancura de la ropa aun mayor esplendor.

Al verla, Teddy corrió hacia ella y trató de enlazar el talle de la joven con su brazo. Mas Jenny lo contuvo sonriéndole y exclamando:

—¡Quieto, quieto!... No he venido aquí para divertirme, ni para oír sus galanterías.

—Es usted impasible—respondió Teddy—no piensa más que en el trabajo.

Ella sin responder a la consideración de Teddy, le preguntó:

—¿Está aquí el editor de nuestra canción?

—Hace bastante rato que ha llegado y que la espera.

—Entonces, haga el favor de presentarme a él.

Le ofreció el músico su brazo y juntos fueron hacia la mesa donde estaba el editor.

Teddy, que había advertido la impresión que había causado la belleza de Jenny, en los hombres que se hallaban en el "music-hall" tuvo celos de que alguien pudiera bailar con ella y se acercó al bailarín de la casa, diciéndole:

—Ves a aquella mesa y saca a bailar a la señora que ha llegado ahora.

El bailarín se dirigió a dónde estaba Jenny y le dijo galantemente:

—¿Quiere concederme el honor de este baile, señora?

Jenny adivinó en seguida quién lo había enviado y miró a Teddy sonriéndole, a la vez que le respondía al bailarín:

—No tengo inconveniente.

Salieron a bailar y durante todo el tiempo que duró el baile, Teddy no dejó de seguir



con la vista a Jenny, que sonreía advirtiéndole que su amigo sentía celos de los demás.

Terminó por fin la música y el bailarín, al dejarla en su sitio le dijo:

—Si la señora necesita un profesor de baile, mi tarjeta lleva el número de mi teléfono.

—Es usted muy amable, señor...

—Vizconde Emilio de Kokotzoff—terminó diciendo el bailarín, a la vez que le entregaba su tarjeta—, ex-capitán de caballería, que besa sus lindas manos.

Indudablemente Teddy sabía lo que hacía, al enviar al bailarín. No era su figura la más apropiada para enamorar a ninguna mujer, ni menos con su conversación. El fingido título de vizconde se le había subido a la cabeza de tal forma, que casi puede decirse, que él mismo llegó a creérselo y a olvidar su antigua profesión.

Sin embargo, el vizconde Emilio era en el fondo un verdadero chiquillo, uno de esos seres incapaces de hacer el menor daño a nadie y que en el "music-hall" servía más que para otra cosa, para distraer a los clientes.

Hizo una profunda reverencia para despedirse de Jenny y entró al tocador de caballeros, para arreglarse.

Por el camino tropezó con el mismo ca-

marero que servía la mesa de Jenny, y reconociéndolo le preguntó extrañado:

—¿Pero, eres tú, Emilio?

—El mismo—respondió el bailarín, sin negar su personalidad.

—¿Ya no eres oficial de peluquero?

No—respondió—. Ahora soy vizconde de Kototzoff, ex-capitán de caballería.

El camarero se lo quedó mirando asombrado de aquel cambio y se alejó murmurando:

—¡Caramba!... ¡Qué ascenso más rápido!...

En cuanto terminó la orquesta de tocar, Teddy corrió a donde estaba Jenny, y le dijo al editor:

—Ya se habrá usted fijado en que es verdad cuanto le decía de la autora.

—¿Y qué es lo que le decía este loco de mí?—preguntó riendo Jenny.

—Que era usted la mujer más encantadora de todas las que hay en el mundo—respondió. Teddy, sin dejar hablar al editor, que confirmó las palabras del músico diciendo galantemente:

—Verdaderamente es así. La felicito por su belleza y le doy mi enhorabuena por su canción. Estoy seguro de que será un éxito definitivo.

—Confío en ello—respondió Jenny—. Lo



deseo además, tanto por mí, como por usted.

—El importe de la exclusiva de edición se lo he enviado por correo.

Jenny miró a Teddy, como preguntándole si había recibido aquel dinero y éste se apresuró a decirle:

—En cuanto lo haya recibido, se lo haré saber tocando las primeras notas de la marcha de Radetzky.

Se levantó de su asiento y siguió diciendo:

—Ha llegado el momento del estreno. Voy yo mismo a dirigir la orquesta.

Antes de comenzar, llamó la atención de todos los presentes diciéndoles:

—¡Señores, se va a estrenar, como se tenía anunciado la última canción de la señora Jenny, musicada por un servidor de ustedes y cantada por el célebre tenor Picasso!

Inmediatamente empezó la orquesta a tocar los primeros compases y al final de la canción una imponente ovación premió el trabajo de los autores. Teddy indicó a Jenny como creadora de la letra y los aplausos se repitieron nuevamente en honor de ella, que se vió obligada a levantarse varias veces para agradecerlos.

—Ha sido un éxito inmenso—le dijo el editor cuando se acabaron los aplausos. Esta canción nos producirá mucho dinero.

—Y yo me alegraré de ello — respondió Jenny, a la vez que le ofrecía su mano en señal de despedida.

—Pero, ¿se va usted ya?—preguntó Teddy, que llegó en aquel instante.

—Sí, amigo mío. No he venido nada más que para hablar con nuestro editor y terminada mi misión me marchó.

—No será sin que yo la acompañe—exclamó Teddy.

Ella no se atrevió a rehusar delante del editor y dejó que el músico la llevase hasta su casa.

¿Qué mujer ante un éxito como el obtenido por Jenny, no deja en libertad su alma, para soñar durante unas horas? Y esto mismo le pasó a Jenny, mientras recorrían en el coche el trayecto que la separaba de su domicilio.

Teddy, que conocía a fondo el alma femenina aprovechó aquellos instantes de emoción para decirle:

—¡Jenny, si supiera usted cuánto la amo!... ¡Lo feliz que podríamos ser los dos, viviendo juntos nuestros éxitos, nuestras alegrías!... ¿Por qué se empeña usted en ahogar su vida dentro del egoísmo de su esposo?... ¿Acaso sabe él comprender toda la exquisitez de su alma? Usted tiene derecho a vivir su propia vida, a disfrutar de las alegrías de sus triun-



fos... su esposo no la ama, no sabe amarla como usted se merece.

—¡Por Dios, Teddy!—suplicó ella—. Le ruego que no me hable así. Yo amo a mi esposo, siempre le he querido.

—Se engaña usted misma—siguió diciéndole él, cada vez más insinuante—. Se cree usted que es amor, lo que sólo es consideración, respeto a viejas costumbres...

Teddy cada vez iba ganando, en aquellos momentos, más terreno en el corazón de Jenny, que inconsciente de lo que hacía dejó que el músico la besara. Fué un solo instante, un instante del que pronto reaccionó exclamando:

—¡Qué locos, Teddy!... ¡Esto es una locura!

—Pero una locura deliciosa, Jenny. Una locura de la que nunca querría curarme.

—Es preciso que olvidemos todo esto—exclamó Jenny—. Yo le aprecio a usted como un buen amigo y si usted no se cree con ánimos para reprimir sus sentimientos, mejor será que no volvamos a vernos, que nos separemos para siempre...

—¿Y abandonaría usted el triunfo que le sonríe?—preguntó extrañado de aquel cambio.

—Lo abandonaría todo, con tal de no te-

nerme que reprochar nada en mi vida—respondió decididamente Jenny.

Teddy no se atrevió a insistir más y cuando se separó de ella, le dijo:

—¿Seguimos siendo amigos?

—Amigos, sí—respondió Jenny.

—¿Me promete usted acudir a mí, si alguna vez le hace falta ayuda?

—Se lo prometo—volvió a decir ella.



## DUDA

Al entrar en su casa se vió sorprendida, al ver que su marido la esperaba. Procuró disimular el contratiempo que esto le producía y le preguntó, a la vez que se quitaba el abrigo:

—¿Me esperabas?

—Sí — respondió Adolphe—. ¿De dónde vienes?

—Ya te lo decía en mi tarjeta. Y que esta noche ha sido algo serio.

—¿Serio?—respondió su marido—. Eso no lo dudo, pero lo que sí me parece es demasiado larga para una conferencia antialcohólica.

—Es que nunca podrás imaginarte cuán-



—¿Hablo con el secretario?

Las clases de licores existen, ni la energía que empleamos en combatir el consumo.

Adolphe, que no creía nada de lo que le decía su mujer, la hizo sentar sobre la mesa junto a él y le confesó francamente:

—No creo ni una sola palabra de cuanto me estás diciendo de esa conferencia.

Jenny quedó sorprendida ante aquella ac-



titud de su esposo y se fingió ofendida, exclamando:

—¿Por qué no me dices claramente que miento?

—Porque esperaba que lo dijesees tú misma—respondió secamente Adolphe—. ¿Dime dónde has estado y dime la verdad?

—Ya te he dicho que en la Liga Femenista. El mismo secretario me ha acompañado hasta la puerta.

—¿Y cómo se llama ese secretario?... ¿Puedo saberlo?

Jenny se encontró sorprendida ante aquella pregunta que no esperaba y su marido tuvo que decirle:

—¿Acaso no sabes cómo se llama el secretario, después de haberlo tratado durante tanto tiempo?

—Sí, lo sé, pero es que no me acuerdo. Además, ¿qué te importa su nombre, lo mismo da uno que otro?.

Y para ganarse la voluntad de su esposo se adelantó a él para abrazarlo. Mas Adolphe, por primera vez, desde que estaban casados rehusó la caricia de su mujer y exclamó:

—No es igual uno que otro. ¡Quiero saber el nombre de ese secretario!

Jenny, mujer al fin, supo hallar una salida

propicia para aquella difícil situación y respondió:

—Espera. Justamente tengo su tarjeta. Tó mala.

Adolphe recogió la tarjeta que le entregaba su esposa y leyó en ella:

“Vicente Emilio de Kokotzoff.—Excapitán de caballería.—Teléfono 1622.”

—Sí no lo crees—siguió diciendo su esposa, al ver la duda de Adolphe—puedes telefonarle. Tal vez esté ya en su casa.

Adolphe tomó el teléfono y llamó al número que indicaba la tarjeta, mas antes de que él pudiera hablar, le quitó ella el aparato y preguntó:

—¿Hablo con el secretario de la Liga Feminista contra el alcoholismo?

El infeliz Emilio se vió sorprendido por esta pregunta y respondió:

—Se equivoca, señora... no soy yo el que busca.

—Muy bien, capitán — siguió diciéndole Jenny, sin que su marido se diera cuenta del truco—. Tenga entonces la bondad de confirmar a mi marido que usted ha tenido la galantería de acompañarme hasta mi casa. Ahora va a hablar con él.

Emilio se dió cuenta, a pesar de su poca inteligencia, de que se trataba de alguna da-



ma que se hallaba en una situación difícil y, caballero ante todo, se dispuso a salvarla, diciendo a Adolphe:

—Es cierto, caballero... No le quepa la menor duda sobre lo que le ha dicho su esposa.

—Perdone usted, señor—respondió Adolphe, a la vez que dejaba el aparato.

Jenny se abrazó a él y acariciándolo mimosamente, le dijo:

—Para ser creída no hay como mentir continuamente. Cuando una dice la verdad nadie la quiere creer.

Mas a pesar de aquella seguridad que le daba el secretario, Adolphe no estaba del todo convencido y la primera sombra de la duda se albergó en su corazón.

Sin embargo, el falso vizconde quiso sacar algún partido de aquella conversación y antes de que pudieran cortarle la comunicación con el centro telefónico, preguntó a la empleada:

—¡Oiga, monada!... ¿Podría usted decirme con qué número estaba yo comunicado?

—Con el 1928, señor—respondió la telefonista—. Calle de Bon Marché, 162.

—Muchas gracias, preciosa — terminó diciéndole Emilio.

Durante todo el día siguiente Jenny advirtió en su marido una cierta frialdad que hasta entonces no le había manifestado nunca. No

obstante, no se atrevió a suscitar la conversación, por el temor de que Adolphe hubiera podido saber algo de su visita al "music-hall".

Adolphe, por otro lado, sufría atrozmente al creerse engañado por su mujer. Ahora es cuando se daba cuenta de lo mucho que la amaba y la idea de que otro hombre hubiese podido interesar el corazón de la que creía tan suya le atormentaba grandemente.

Durante toda la mañana apenas si los dos esposos se dirigieron la palabra, una sombra vaga, de alejamiento, los envolvía y uno a otro se miraban recelosos.

Cuando estaban comiendo, Teddy recibió el dinero que le mandaba el editor por la compra de la canción estrenada la noche anterior, tomó alegremente el dinero enviado y se puso a tocar el piano, según había convenido con Jenny, para que subiese a hacerse cargo de la cantidad que le correspondía.

A los primeros compases, Adolphe manifestó su malhumor por aquella música y Jenny le dijo cariñosamente:

—Pero, querido... la marcha de Radetzky, es casi música clásica.

—Lo será, como tú dices, pero ese tío, debe haberse propuesto transformarla en fox-trot.

Jenny vió en aquello un motivo para entablar conversación, mas con gran sorpresa vió



que su marido no la contradecía, sino que se levantó de la mesa, diciéndole:

—Dispénsame, pero tengo una junta en mi laboratorio. Si sales te ruego que no vuelvas tarde.

—No saldré en toda la tarde—respondió secamente Jenny, incomodada con él.

Inmediatamente que se fué Adolphe corrió ella al piso superior, para recoger el importe de su canción.

En cuanto entró, Teddy se fué a ella y mirándola detenidamente le dijo:

—¿Qué es lo que hace usted para estar cada día más hermosa, Jenny?

—Déjese de bromas, amigo mío—respondió ella—. He tenido con mi marido un disgusto enorme y temo que haya descubierto algo.

—\*No le importe!—contestó el músico—¿Quién sabe si esto puede ser el principio de su felicidad y... la mía?

—Está usted muy equivocado, Teddy—replicó ella—. Ahora es cuando me he dado cuenta de lo mucho que amo a mi esposo. Ha sido suficiente este pequeño disgusto serio, el que yo haya podido pensar solamente que él pudiera separarse de mí, para que no pueda vivir tranquila hasta recuperar su confianza.

—¿Acaso dejaría usted de escribir si él se lo exigiese?—preguntó incrédulo el músico.

—Tal vez, sí—respondió Jenny—. Ya sabe usted que si lo hago es solamente para ganar dinero; con que poderme comprar vestidos y tonterías propias de la coquetería de una mujer, pero tenga usted cuenta de que todo lo hago por el deseo de serle más agradable a mi esposo.

Teddy comprendió que era inútil luchar contra la firmeza del amor de aquella mujer y entregándole un puñado de billetes, le preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer con este dinero?

—Me compraré una capa de armiño—respondió ella—. Hace días que he visto una preciosa y tenía grandes deseos de poseerla.

—¿Ve usted como no podría dejar de escribir?—exclamó sonriendo el músico—. El dinero que ellas le producen lo echaría usted de menos... ¡Y a propósito!... ¿Cómo tiene usted la letra de la próxima?

—Estoy trabajando en ella—replicó Jenny—. Me voy a casa a continuar. Ya le diré algo esta noche.

Volvió nuevamente a su domicilio y se puso a trabajar, como había dicho, en su canción.

El bailarín, que tan buen servicio había prestado la noche anterior a Jenny, una vez



supo el domicilio y el nombre de la señora a quien le había prestado el favor, quiso aprovecharse de aquella coyuntura, creyendo que su figura ridícula, y que él creía de un nuevo Brumel, despertaría en ella una gran pasión.

Sin pensarlo poco ni mucho, se presentó en la casa de Jenny, después de haberse provisto de un ramo de flores, a quien se lo entregó diciéndole:

—Permitame, señora, que le ofrezca, con mis mayores respetos y profunda admiración, estas flores.

Jenny estuvo a punto de soltar la carcajada, al ver la ridiculez de aquel hombre. Denotaba en sus ademanes estudiados, en sus palabras y en todo él, que estaba por completo fuera de ambiente. Pero, sin embargo, Emilio no se dió cuenta. ¡Se creía tan fascinador, tan irresistible, que creyó que la sorpresa de la dama había sido causada solamente por su arrogante figura.

Desde las primeras palabras comprendió Jenny que la compañía de aquel hombre podría distraerla un rato y empezó a hablarle de su vida pasada, diciéndole:

—Usted debe tener un psado interesantísimo, ¿por qué no me lo refiere?

—¡Ah, mi pasado, señora!—exclamó él—. ¡Mi pasado es por completo diferente a mi

presentel... ¡Cuando yo era oficial del ejército!

—¿Y ha sido la revolución la que lo ha traído a su estado actual?—preguntó ella.

—Sí, señora. Todos los varones de mi ilustre familia hemos pertenecido al ejército, todos hemos sido capitanes de caballería. Yo pertencí a los húsares, siendo oficial cuando sólo tenía diez y ocho años.

Y tan convencido estaba él mismo de aquella fantástica historia que contaba a todo el mundo, que en aquel momento se vió convertido en un apuesto capitán de caballería.

Refirió a Jenny su influencia sobre las mujeres, la fascinación que sobre ellas ejercía su brillante uniforme, hasta que la revolución hizo rodar por tierra todos sus antiguos privilegios de nobleza.

—Fué entonces cuando perdí mi fortuna—terminó diciendo—. Ahora no soy, sino un simple juguete, en las manos de las mujeres hermosas.

—Sus aventuras me inspiran una canción—respondió Jenny, cuando aquél hubo dado fin a su historia—. Voy a escribirla expresamente para usted.

Emilio sonrió halagado por aquellas palabras, creyendo que había interesado a la joven y ésta siguió diciéndole:

—Naturalmente usted será su intérprete.



—Muy agradecido, señora — respondió Emilio—; pero desgraciadamente no tengo voz.

—Eso no importa—siguió diciéndole Jenny—. Cuando se tiene un tipo como el de usted, no se necesita mucha voz para agradecer a las damas.

El falso vizconde sonrió y disimuladamente sacó un espejito del bolsillo, para mirarse. Se convenció a sí mismo de que estaba “arrebataador” y respondió:

—La felicito, señora, por su buen gusto.

—¿No será la primera vez que se lo hayan dicho?—preguntó Jenny, conteniendo la risa.

—Así es, en efecto—replicó Emilio—. Pero les tengo tanto miedo a las mujeres, que nunca he querido dar crédito a sus palabras.

—¿Ni a las mías? — preguntó insinuante Jenny.

—A las de usted... sí—exclamó al fin Emilio—. Estoy convencido de que es verdad lo que dice, de que verdaderamente lo siente.

—¿Entonces cantará usted mi canción?

—La cantaré y pondré en ella toda mi alma enamorada de su belleza — respondió Emilio.

—Entonces, hasta la noche—terminó diciéndole Jenny, como dándole a entender que ya debía marcharse.

Emilio, que entre sus muchas buenas cua-



— Muy bien. Esta noche vamos a sorprenderla.

lidades, tenía la de no ser molesto, se despidió de ella, convencido de que había hecho una verdadera conquista. Ya en la puerta tropezó con Adolphe, que había acabado su conferencia y quedó sorprendido al ver salir de su casa a un desconocido.

—¿Quién es ese tipo, que acaba de salir de aquí?

—El secretario de mi Liga—respondió ella.

—¿Nada más que el secretario?—insistió Adolphe,



—Nada más—respondió Jenny—. ¿Serías capaz, acaso, de suponer otra cosa?

—Yo no supongo nada—exclamó su marido—. Te dejó únicamente que tú hagas todo en lo que yo pueda fundar mis suposiciones.

—¡Pero es que yo te prohíbo que dudes de mí!—protestó enérgicamente él.

—Yo, sin embargo—respondió Adolphe—; no te prohíbo nada.

Y sin dar, ni admitir ninguna clase de explicaciones, se fué nuevamente a su laboratorio, dejando a Jenny presa del mayor nerviosismo.

## PREPARANDO EL DIVORCIO

Adolphe había llegado al pleno convencimiento de que su esposa le engañaba, y cuando un hombre llega a esta convicción, los menores detalles de la mujer amada, cualquiera de sus palabras por inocentes que sean, son suficientes para que él encuentre en ellos un fundamento en el cual pueda basar sus sospechas. Bien es verdad que Adolphe tenía muchas cosas en que basar sus dudas. Principalmente el gasto de su mujer, aquellas compras continuas de vestidos carísimos, y que ella se empeñaba en demostrarle que se trataban de gangas adquiridas a bajo precio, sus salidas inexplicables, muchas veces, todo venía a convertir en realidad su sospecha. Para mayor abundamiento, al



día siguiente, cuando estaba con su mujer, se presentó un muchacho con una caja y Jenny le dijo al abrirla:

—Acabo de comprarme una magnífica piel de ocasión.

Sacó el abrigo de la caja y se lo enseñó diciéndole:

—¿Te gusta?

—¡Es magnífico! — exclamó Adolphe—. ¡Esto es armiño legítimo!... ¿Debes haberla pagado muy cara?

—¡Qué entiendes tú de eso! — respondió riendo ella—. ¿Armiño legítimo? ¡Conejo legítimo y gracias!... Tú sólo juzgas por las apariencias, pero no debes olvidar un refrán que dice: "No es oro todo lo que reluce".

Jenny acarició mimosamente la piel y sintió el deseo de vérsela puesta. Entró en su habitación para vérsela en el espejo y Adolphe, aprovechó aquel momento para ver la factura que venía incluida en la caja y que decía:

"Por una capa armiño legítimo, 18.000 francos".

Ya no dudó más de que su mujer le engañaba. Si alguna prueba le faltaba de ello, aquella capa acusaba bien claramente la infidelidad de su esposa. Aquellos diez y ocho mil francos no podía ella haberlos obtenido más que por algún medio ilegítimo, el cual se encargaría él de aclarar. Dispuesto a no



Ya no dudó más de que su mujer lo engañaba.

seguir siendo por más tiempo juguete de Jenny, aquel mismo día se fué a casa de un amigo suyo abogado y lo puso en antecedentes de todo lo que le pasaba diciéndole:

—¿No le parece a usted, amigo Lacatois, muy comprometedora esa factura de 18.000 francos, después de todo lo que le he dicho?

—En efecto—respondió el abogado—, la conducta de su esposa da lugar a sus sospechas, pero nada puede hacerse contra ella.

—Yo creo todo lo contrario — contestó



Adolphe—. Estoy seguro de que mi honor juega un importante papel en todo esto y estoy dispuesto a dejarlo a salvo inmediatamente, divorciándome de mi esposa.

—Para eso es preciso que podamos demostrar su infidelidad. La espiaremos y cuando la cojamos infraganti podremos obtener el divorcio.

—Entendido—terminó diciendo Adolphe—. Le prometo darle cuenta de todo lo que haga, por si ve en su conducta algo que pueda dar lugar a entablar la demanda de divorcio.

Mas a pesar del deseo manifestado por Adolphe, interiormente sentía éste un gran dolor al comprender que iba a perder para siempre a la mujer que tanto amaba. Todas las gracias de ella, sus discusiones, sus travesuras de chiquilla, acudían a la mente del enamorado esposo, haciéndosele más imposible aquel paso que pretendía dar.

La vida de los esposos iba haciéndose cada vez más difícil, cada día iba separándolos más aquella duda engendrada en Adolphe y Jenny advertía con íntimo dolor la indiferencia que su marido fingía demostrarle. Interiormente iba formándose en aquel hogar una tempestad cuya chispa eléctrica no debía tardar mucha tiempo en estallar produciendo la separación de los dos esposos.

Jenny había estrenado otra canción, la que le prometió a Emilio y que había cantado.

Como se trataba de una canción extremadamente cómica, el bailarín hizo lo que se llama una verdadera creación. Cuando terminó de cantarla, Jenny lo felicitó efusivamente y Emilio, creyendo que había llegado el momento de recibir su recompensa, le dijo:

—Dispénsame que a fuer de soldado, vaya directamente al bulto... ¡Jenny, la amo!

Ella se echó a reír y contestó:

—Eso no puede ser, señor mío. Entre un gentilhombre como usted y una burguesita como yo ciertas cosas desentonan.

—No le importe—insistió Emilio—. Marcharemos al extranjero y nos labraremos una felicidad.

Jenny hacía esfuerzos por disimular la risa y él creyendo que era que dudaba en contestarle, le dijo convencido de sus palabras:

—No admito titubeos... Diga que "sí" inmediatamente.

Pero lo que hizo Jenny fué llamar a un camarero y decirle:

—Traiga un vaso de agua al capitán—y volviéndose a éste siguió diciéndole—: para que refresque sus ideas...

Aquel desaire fué tremendo para Emilio. La única conquista que creía segura, la única





! La colaboración entre Teddy y Jenny seguía siendo...

de su vida, se le reía también y decidió en su desesperación poner fin a su vida aquella misma noche. Mas después de meditarlo comprendió que aquel acto era una cosa muy seria y lo dejó para otra ocasión más propicia.

La colaboración entre Teddy y Jenny seguía siendo cada vez más íntima. Sus canciones iban teniendo cada día más éxito y los editores se las disputaban ansiosamente, viendo en ellas una fuente de ingresos.

Pero aquellos triunfos no hacían la felici-

dad de Jenny. Estaba segura de haber perdido el amor de su marido, o por lo menos la confianza que siempre había tenido en ella. Antes de que Adolphe pudiera adoptar una actitud enérgica, que viniera a destruir para siempre la dicha de su amor, Jenny decidió terminar para siempre su actuación. Decidió escribir su última canción y después confesarle a su esposo toda la verdad.

Con este pensamiento entregó a Teddy la letra de la canción, que se titulaba "Esta noche... tal vez..." y el músico, sabiendo que era la última obra de su amada puso en ella toda su inspiración para que el éxito fuese el mayor que hasta entonces habían obtenido. Una vez terminada la letra y la música, quedó acordada la noche del estreno y entregada al editor, para su aceptación.

No tardó en contestar éste, enviando un telefonema a Jenny que decía:

"POR ESTA NOCHE TAL VEZ, LE OFREZCO 30.000 FRANCOS; ACUDA AL OLYMPIA.—BERSALADE."

Este telegrama fué recibido por Adolphe y el texto del mismo, que de tan diferente modo podía interpretarse, dió lugar a que sus sospechas adquirieran aun más fuerza. Y no solamente fué esto, sino que aquel mismo día también, la vió salir de casa del músico.



Inmediatamente fué en busca del abogado a quien le enseñó el telefonema y aquél le dijo:

—Muy bien... esta vez vamos a sorprenderla. Entregue ese teleofnema a su esposa, como si usted lo ignorara todo y después anúnciele que va a salir de viaje. Por la noche los dos nos presentaremos en el Olympia.

Y Adolphe, siguiendo las instrucciones del abogado, hizo cuanto éste le aconsejó, con la seguridad plena de que Jenny le engañaba.

Por la noche, el Olympia presentaba la misma animación que de costumbre. En una mesa se hallaban sentados Adolphe y su abogado, en forma de que su esposa, ni nadie pudiera verlos.

Al poco rato apareció Jenny y su marido le dijo al abogado:

—Ese que acompaña a mi mujer es el secretario de la Liga Feminista, el vizconde de Kokottzoff.

El camarero que servía la mesa se quedó mirando al bailarín y exclamó riendo:

—No hay tal secretario, ni tal vizconde, señores. Se trata de un vulgar bailarín, ex-oficial de peluquero.

—Entonces no es seguramente el que paga los vestidos y las pieles de mi esposa—exclamó Adolphe, cuando quedaron nuevamente solos.



Cuando estaban comiendo, Teddy recibió el dinero

Teddy salió también a recibir a Jenny y Adolphe exclamó al verlo:

—Ese es el músico de cuyo domicilio vi salir a Jenny y aquel gordo que le besa la mano debe ser el Bersalade del telefonema.

—Esto empieza a ser interesante—exclamó el abogado—. Ya le dije que aquí encontraríamos el medio de descubrir la incógnita.

—¡Fíjese!—exclamó de pronto Adolphe—. El gordo le da dinero.

—¡Ya no hay duda posible!—respondió el



abogado—. La cosa está clara. Su divorcio está ganado, amigo mío.

En efecto, en aquel momento, Bersalade entregaba a Jenny la cantidad ofrecida en su telegrama y le decía:

—Si sigue usted por este camino, no tardará usted en ser millonaria.

—Jenny—dijo a su vez el músico—el señor Bersalade me ha hecho una proposición que creo debe usted aceptar.

—¿Qué proposición es esa? — preguntó sonriendo la joven.

—Se trata de un contrato—se apresuró a intervenir el editor—un contrato por el cual se comprometa usted a escribir solamente para mí. Yo me comprometo al mismo tiempo, a aceptar todas sus canciones.

—Eso no depende exclusivamente de mí—respondió Jenny—. Tenga en cuenta que mi canciones, sin la música de Teddy no habrían tenido el éxito que obtienen actualmente.

—Por mi parte, estoy conforme con la proposición de nuestro editor—exclamó Tedy—. Y creo que debe usted aceptarla.

—Hay otro inconveniente — replicó tristemente Jenny.

—¿Cuál?—preguntó intranquilo Bersalade.  
—¿Acaso le han hecho alguna oferta mejor que la mía?

—No se alarme—respondió riendo Jenny.  
—No se trata de ninguna clase de oferta, sino sencillamente que estoy casi convencida de que no podré escribir más.

El editor se la quedó mirando sin poder comprender el significado de aquellas palabras y miró interrogativamente a Teddy, como pidiéndole una explicación.

—Se trata, señor Bersalade—le explicó el músico—del esposo de Jenny. Es hombre que detesta la música moderna y que le prohibiría terminantemente seguir escribiendo.

—¡Eso es una locura!—exclamó el editor, que veía malograrse el bonito negocio que tenía en perspectiva—. Yo mismo hablaré con su esposo y le haré ver que lo que piensa es un completo desatino.

—Será inútil cuanto usted haga—le respondió Jenny—. Estoy convencida de que mi marido no cambiará nunca de parecer.

Adolphe y su abogado seguían atentamente todos los movimientos de los tres personajes, convencidos de que habían dado ya con la clave del asunto. A pesar de que todo parecía conjurarse en contra de Jenny, Adolphe sentía interiormente que la confianza que siempre había tenido en su esposa seguía en él. No eran bastantes aquellas palabras para que el gran amor que por ella sentía se enfriase en el sólo transcurso de unos días.



Jenny, ajena a la presencia de su marido, seguía animadamente la conversación con el editor que insistía nuevamente en su oferta diciéndole:

—No sea usted niña, Jenny. Debe aceptar mi contrato, aunque sólo sea por un año. Fíjese lo que le ofrezco; es la gloria y la fortuna.

—Pero esa gloria me costaría muy cara, señor Bersalade—respondió la joven—. Por encima de todo eso antepongo yo el amor de mi marido.

—¿Y qué necesidad tiene usted de perderlo?—preguntó el editor—. Yo estoy seguro de que su esposo comprenderá la razón y no se opondrá a que usted siga escribiendo.

Era tanta la insistencia de Bersalade que Jenny, para que la dejase en paz y no insistiese le dijo:

—Además, tenga presente que no estaba preparada para pensar esta oferta que me hace. Déjeme algún tiempo para estudiarla antes de contestarle definitivamente.

—Puede usted tomarse los días que crea necesarios—respondió el editor—. Aquí tiene mi tarjeta con mi dirección, para cuando me conteste.

Jenny tomó la tarjeta que le entregaba Bersalade, que hizo exclamar a Adolphe:

—Ahora ese tío gordo le entrega una tarjeta.

—Debe ser la de su domicilio. Si pudiéramos apoderarnos de ella, tendríamos una prueba más que justificaría la razón de su petición de divorcio—exclamó a su vez el abogado—. Creo que ya no podemos esperar nada más.

—Así lo creo yo — respondió tristemente Adolphe. Llamó al camarero y abonó la cuenta de lo que habían consumido, a la vez que le preguntaba:

—¿Conoce usted a aquel señor que está sentado en aquella mesa?

—Ya lo creo — respondió el camarero—. Dicen que es un editor muy rico, por lo menos las propinas así lo acreditan.

—¿Y no sabe usted donde vive?

—Ya comprenderá el señor que eso es para mí desconocido, pero si tiene mucho interés tal vez pudiera averiguarlo.

—No, gracias—respondió Adolphe, viendo que iba a hacer el ridículo.

El abogado ya se había puesto en pie para marcharse y se acercó a su amigo, tomándole del brazo y diciéndole:

—Es mejor que nos vayamos. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Mas antes de que tuvieran tiempo de marcharse, Teddy llamó la atención diciendo:



—¡Señoras y caballeros! ¡Van ustedes a oír la última canción de la célebre autora Jenny, musicada por mí y cantada por el señor Picasso!

A las palabras del músico siguió un profundo silencio, preparándose todos a escucharla.

Adolphe y el abogado se miraron sorprendidos por aquello y éste le dijo al marido:

—Me parece que nos hemos tirado una plancha, amigo mío.

—Esperemos el final, a ver en qué queda todo esto—respondió Adolphe.

Salió acto continuo Picasso y la orquesta inició los primeros compases de la canción. La letra de ella, era, sin duda alguna, la más bella de cuantas había escrito la célebre autora y su triunfo fué también mucho mayor. Entre los aplausos de la concurrencia se vió obligado el tenor a repetir nuevamente la canción y al terminar una imponente ovación premió la labor de los autores.

Teddy, desde donde estaba dirigiendo la orquesta indicó a Jenny, diciendo:

—¡Ahí tienen a la autora de esta bella canción!... ¡Ella es la que se merece todos nuestros aplausos!

Jenny se vió obligada a saludar, ante las aclamaciones del público, mientras que su marido y el abogado salían del "music-hall",

convencido aquél de la inocencia de su mujer.

Poco después Jenny se dirigía a su casa, acompañada de Teddy que le decía:

—¿Decididamente está usted dispuesta a no escribir más?

—Sí, Teddy — respondió ella—. Quiero conservar ante todo el amor de Adolphe.

—Al verla a usted por primera vez nunca hubiera creído que le profesase tanto cariño a su marido—le dijo el músico.

—Ni yo misma lo sospechaba—replicó Jenny—. Ha sido preciso que surgiera entre nosotros esa duda que él tiene, para que me convenza que solamente con él podré ser feliz.

—No obstante—le dijo el músico al despedirse—, si alguna vez vuelve a escribir, acuérdesese que siempre me tendrá a su disposición.

—Gracias, Teddy—respondió Jenny—. Es usted un buen amigo, algo loquillo, pero un buen amigo en el fondo.

Se separaron y Jenny entró en su casa. El éxito de aquella noche no había sido suficiente para borrar de su mente el alejamiento de su marido. ¡Qué feliz hubiera sido si en aquella noche hubiera podido compartir con Adolphe la alegría del éxito! Mas aquello era un pensamiento imposible de verse nunca realizado. Su esposo, enemigo irreconciliable de



la música moderna, nunca aceptaría el que su mujer fuese autora de aquellas canciones que tanto le molestaban.

Dejó sobre su mesa el abrigo que se había quitado y el sombrero y quedó sorprendida al ver un estuche conteniendo una alhaja. Era una preciosa sortija de brillantes, que llamó inmediatamente la atención de Jenny. La miró detenidamente, sin darse cuenta de que detrás de ella estaba su esposo y leyó la dedicatoria que había en una cartulina junto con el estuche y que decía:

"A mi encantadora mujercita, como premio a su talento poético.

*Adolphe."*

Se volvió para ir a buscarlo, loca de alegría, pero se encontró de pronto entre los brazos de él, que la acarició amorosamente, a la vez que le preguntaba:

—¿Te gusta?

—¡Es preciosa!—exclamó ella—. ¿A qué se debe este regalo?

—A que lo he visto todo—le confesó él—. Esta noche he estado en el Olympia y me he convencido de que he sido un tonto dudando de ti. Por eso he querido reparar mi falta haciéndote ese obsequio.

Jenny miró nuevamente la sortija y respondió:

—¿Una alhaja como ésta debe haberte costado una fortuna?

—Tú no entiendes nada de eso—le respondió su marido repitiendo las mismas palabras que ella le dijo, cuando compró el abrigo—. Es una ganga, una verdadera ganga... La he comprado en una tiendecita que hay en la esquina de una callejuela...

—¿Y cuánto te ha costado?

—Solamente me ha costado 220 francos... No, tampoco; me equivocaba, 120 francos nada más... Es imitación.

—¿Imitación?—preguntó sonriendo Jenny, convencida de todo lo contrario.

—Sí—respondió él—. Eso será imitación, pero en mi casa todo lo que brilla—y quien más brilla eres tú—es oro legítimo.

Jenny lo miró amorosamente y besándolo con todo el amor que por él sentía, le dijo bromeando:

—Quieres que toque algo de Beethoven, querido?

—Esta noche, no—respondió él—. Mañana... "Tal vez".

Y la sombra de la duda que por unos días nubló la felicidad de los dos enamorados desapareció esde aquella noche, anunciando una aurora de eterna felicidad y mutua confianza...

FIN



# SELECCION DE BIBLIOTECA FILMS

---

Acaba de publicar los grandes éxitos de la temporada.

---

No, no, Nanette	Bernice Claire
Amor Solfeando	Imperio Argentina
Noche de Príncipes	Gina Manés
Sally	Marilyn Miller
Broadway	Merna Kennedy
El Signo del Zorro	D. Fairbanks (4. <sup>a</sup> Edición)
Bodas Sangrientas	María Jacobini (2. <sup>a</sup> Edición)
Cantaré para tí	Al Jolson
Sed de Juventud	Ricardo Cortez
Perfidia	E. Jannings
El Puerto Infernal	Lupe Velez

**Precio: 50 Céntimos**

---

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona  
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.



**NO DEJE DE LEER LAS NOVELAS  
QUE ACABAN DE APARECER EN**

**SELECCIÓN DE**  
**FILMS DE AMOR**

**EL CANTO DEL DESIERTO**

JOHN BOLES

**EL HOMBRE Y EL MOMENTO**

BILLIE DOVE y ROD LA ROCQUE

**LA PRINCESA DEL CAVIAR**

ANNY ONDRA

**LA CANCIÓN DEL COSACO**

H. A. SCHLETOW

**PARÍS GIRLS**

SUZY V RNON

**NO MENTIRAS**

LILI DAMITA

**D. Q. HIJO DEL ZORRO** (3. edición)

DOUGLAS FAIRBANKS

**Precio: 50 céntimos**

Pedidos a

**BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 07- BARCELONA**

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco  
céntimos para el certificado